

Las justificaciones de la violencia

Pareciera que la violencia por injusta que sea, la venimos considerando necesaria, un mal menor que hemos de pagar por el progreso o marcha de nuestra historia; y es que la violencia está al otro lado de las más benéficas realizaciones humanas. Sin embargo, esta aceptación hoy la consideramos inadmisibles, y eso es responsabilidad del mundo occidental, autor de la historia de los otros pueblos, lo que nos parece inadmisibles, es que sólo se hayan mostrado los aspectos positivos de la violencia para justificar el desarrollo económico.

Pero veremos como esto tiene su paradoja. Lo primero es que confundir medios económicos con fines, significa en términos de inteligencia humana, un tipo de pensamiento preoperatorio anclado en el ensayo-error, es decir, sólo funciona a corto plazo. Lo segundo, es que añadiendo ahora un pensamiento a medio-largo plazo, es decir, en términos de inteligencia genuinamente humana, y con los datos económicos en la mano, las cifras de despilfarro provocadas por la violencia, resultan también paradójicamente astronómicas. Los gastos en enfermedades producidas por el modo de vida que incluye a la violencia en la socialización occidental son incalculables: unos 20.000 millones de euros en gastos sanitarios y absentismo laboral, sin contar con las pérdidas en producción, por los 40.000 millones de afectados por mobbing en la UE. La OMS y sus oficinas regionales han expresado gran preocupación por el impacto de la violencia sobre la salud.

El sentido economicista del progreso centrado en la exclusiva productividad y en el beneficio económico, que lleva a una indiscriminada explotación de la naturaleza humana con las consiguientes conformidades y sus violencias, reduce las posibilidades de vivir en salud, como lo demuestran las cifras de uno de los trastornos mentales más frecuentes en la población española: un 24 % sufre depresión.

Violencia por la paz impuesta

La postmodernidad y los ideólogos de la globalización describieron el proceso como pacífico y sostenible, que extendería la riqueza a los países pobres si estos asumían el modelo económico que ellos proponen. Todo parecían bondades en el capitalismo global, y nada justificaba, pues, la resistencia a su realización.

Pero las relaciones económicas entre ricos y pobres no son entre iguales, como pretenden los neoliberales, hétenos aquí con el engaño, sino que los países más desarrollados imponen sus condiciones al resto, que se ven obligados a entrar en el terreno comercial como si fuesen tan poderosos como sus competidores.

Los países subdesarrollados han de competir con los que han creado el orden económico mundial, un orden pacificado e inamovible por la fuerza de los capitales. Sólo ese orden y la paz que lo sostiene son legítimos. La desigualdad de las condiciones indica, sin embargo, que se trata de un orden y una paz injustos. En la injusticia también se explica la violencia. La violencia es la respuesta que las masas esperan ante la injusticia de las minorías, y se legitima en tanto que la injusticia de la minoría poderosa en una forma legal de violencia. La paz se ha sobrevalorado como si condujese directamente a la solución de los conflictos, cuando debería ser más bien el

resultado de haberlos solucionado adecuadamente. Los siglos revolucionarios quedan atrás. Hoy, más que nunca, sólo la paz y el orden son fuente de legitimidad.

Los movimientos sociales y políticos son legítimos si son pacíficos. Se dice que sólo es posible avanzar a través de la paz y la tolerancia. Esta idea se ha convertido en un lema indiscutible, casi universal. Bajo el aparente orden del capitalismo global hay violencia: salarios de miseria, esclavitud disimulada, trabajo infantil, prostitución de menores, mafias que atrapan a los inmigrantes, etc. En estas circunstancias no se puede pedir que la paz sea condición previa a la resolución de los conflictos. Esto significa convertir sutilmente a la paz impuesta en una forma solapada de violencia.

La auténtica pacificación del mundo sólo puede ser resultado final y consecuencia de la resolución adecuada de los grandes conflictos económicos y políticos globales que son *las raíces de la violencia* (Sánchez E. M.2003). Desde esta perspectiva, ni la guerra es deseable, ni la paz debe conseguirse a cualquier precio, sobre todo cuando la paz es el lema y orden de los poderosos.

Por ello, la pregunta habitual de si hoy prevalece más violencia que ayer, quizá no sea ya la relevante, eso sería una justificación más, sino la cuestión sobre lo que hoy consideramos como conductas violentas y por tanto, punibles. Y algo aún más relevante, la naturaleza de la especie humana se construye- violenta o altruista, etc- , ya que según creamos que somos como especie, según definamos nuestra propia naturaleza así nos comportaremos. Esa es sin duda nuestra mayor potencialidad y auténtica naturaleza humana: seres narrativos, creadores de identidades y por tanto de realidades y sus relaciones de poder.

D^a M^a Luz Sánchez Escalada. Psicóloga. CA:00338. Presidenta de APICV.